



¿QUIÉN ASESINÓ
A LA CHICA DEL LAGO?

Encarni Bravo

¿QUIÉN ASESINÓ
A LA CHICA DEL LAGO?



Primera edición: noviembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Encarni Bravo

ISBN: 979-13-87909-40-6

ISBN digital: 979-13-87909-41-3

Depósito legal: M-22926-2025

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicatoria

Cuando comencé a escribir a la temprana edad de trece años, jamás me imaginé que me estaba sumergiendo en un mundo tan difícil y complejo como es el de la literatura. Solo era una chica inocente y soñadora que deseaba compartir sus escritos con los lectores. Recuerdo cómo muy decidida me acerqué a mi padre y le dije, «papá, quiero ser escritora» me miró muy serio y me hizo entender que eso era muy difícil, y que solo unos pocos llegaban a conseguirlo. Pero mi sueño era ese, lo tenía muy claro. Escribía con la ilusión de una niña, una niña tímida que jamás enseñó a nadie esos primeros poemas que escribía llenos de errores, y que apenas entendía el significado de sus palabras. Pero lo tenía tan claro que jamás desistí de mi empeño por conseguir mi sueño más anhelado. Jamás pensé en el dinero que ello me aportaría. Para mí escribir significaba una enseñanza. Como a mí me habían enseñado esos clásicos de la literatura que todos conocemos y a los que siempre he admirado. Devoraba sus libros uno tras otro y me sumergía en ese mundo de personajes mágicos y reales. Historias llenas de sabiduría, historias que me llenaban de emoción. Pensaba que también yo algún día escribiría de la misma forma que ellos lo habían hecho. Que también yo formaría parte de ese elenco de escritores, algún día, pensaba siempre soñadora y con la ilusión de poder conseguirlo como ellos lo habían conseguido.

Y llegó ese día, y hoy, quiero dar las gracias a mi hijo por su apoyo siempre, por sus ánimos. A Carmen, siempre dispuesta a ayudarme en este mundo tan difícil para mí de internet. Por sus

sabios consejos y por estar ahí en mis momentos bajos. Gracias Alex, gracias, Carmen. Y gracias a mis hermanas, Tere y Pili, por sus bonitas palabras y estar siempre en mis presentaciones. Por ese apoyo incondicional. Por supuesto no podría olvidarme de mi hermana Antonia y su esposo Ángel, mi sobrino Ángel y Mariquilla, mi sobrina Jessica y Tania su hermana. Al Ayuntamiento de Espejo, siempre dispuesto a ocuparse de mis presentaciones y ofreciendo siempre su apoyo. Mis sobrinas, Laura, Rafaela y Sonia. Mi hermana Rafaela. A José del Hoyo, siempre dándome ánimos y apoyándome tanto en mis momentos de alegría como de tristeza. Agustín Alba, mi gran amigo incondicional, ayudándome siempre, animándome a seguir en este mundo, mi mundo, gracias por esa alegría que siempre me transmites Agustín, por sacarme siempre una sonrisa y por esa admiración que siempre me has mostrado en tu transparencia, en tu sencillez, y yo haciéndote siempre caso escribiendo desde la humildad y el cariño. Quizás haya alguno más, aunque no quiero extenderme mucho más, a esos amigos que siempre en su fidelidad jamás faltaron a mis presentaciones. Y desde aquí hacerle saber a Duvigen, gran admiradora y lectora incondicional del inspector Garrido que por fin, podrá leer otra de sus novelas. Hoy comienza una nueva andadura como escritora y los nervios se apoderaron de mí, lo sé. Trataré de llevarlos con la templanza que siempre me ha caracterizado y hacerlo lo mejor posible. Pero, hoy, después de tanto esfuerzo y sacrificio, deseo dedicarle esta novela a la Editorial Adarve, por todo el esfuerzo realizado, y por todo el cariño con el que han tratado a mi inspector Garrido. Un personaje tierno, con mucha personalidad que creo, enamorará al lector como hizo conmigo. Al equipo de corrección, a su editora que siempre me trató con esa amabilidad que nunca olvidaré. Al señor Folgado, le dedico mis últimas palabras. Gracias por enseñarme todo cuanto necesitaba saber, por abrirme los ojos a la realidad. Por mostrarme que muchas veces, el camino de un escritor es ingrato y lleno de sacrificios. Que nunca es suficiente. Por hacerme ver el respeto que se ha de tener al lector. Por su es-

fuerzo y paciencia. Por trabajar tan duro como yo en esta novela. Por corregir mis puntos débiles y hacer de mí una escritora más segura de sí misma. Por estar siempre ahí, al pie del cañón, sintiéndome protegida en cada momento con esa seguridad que da la experiencia y dirigirme siempre por el camino correcto, pese a que yo a veces, caminase por un camino equivocado. Me gustó ser dirigida por todo un profesional de la literatura. Aclaró mis dudas, y me hizo sentir satisfecha al final del camino, del trabajo realizado. Gracias a todos desde el corazón, por estar siempre conmigo en este mundo tan difícil, pero placentero, al ver el trabajo realizado.

Introducción:

Diario de un psicópata

La muerte de Brenda.

Al levantarme aquella mañana jamás habría pensado que el día terminaría así. Miraba el cuerpo sin vida de Brenda y ni yo mismo podía creer que había puesto fin a la vida de la mujer a la que amaba más que a mi propio ser. Me encogí de hombros resignado mientras las lágrimas recorrían mis mejillas.

Porque los asesinos también lloran... Estaba hermosa y parecía dormida, ¡tan pálida! Aunque, a decir verdad, Brenda siempre había sido muy pálida. Con sus ojos angelicales y aquella dulzura que siempre la habían hecho especial, cerré los ojos tratando de retener en mis pupilas aquella imagen de mi Brenda. Mi niña bonita. Mi tormento. Era un estúpido, al acabar con su vida había creído acabar con aquel dolor que me consumía día y noche, aquellos celos que iban a volverme loco, que me atormentaban sin piedad.

Ya estaba oscureciendo y la noche trataba de arroparla con su manto. Las estrellas brillaban y resplandecían en medio de aquel lago de aguas transparentes. El frío atravesaba mis huesos y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Mis pies no querían moverse de allí, ¿estaba loco? no podía dejar a mi ángel en aquel lugar. Tendría frío. Tampoco podía arrojarla a aquel lago helado, la devorarían los peces. Su hermoso rostro no podía ser desfigurado por aquellas bestias sin compasión. Miré a todas partes, tenía que irme ya, cualquier coche podía sorprenderme, miré el reloj con desconsuelo tratando de hacerme a la idea de que, a partir de ese momento, tendría que acostumbrarme a vivir sin ella. Susurré su nombre despacio para que nadie pudiera escucharlo, era mi secreto. Siempre había tenido miedo de que alguien escuchara mis pensamientos, gritar

su nombre entre sueños; aquel amor callado que quería gritar al mundo ¡cuánto la amaba! pero fui cobarde.

Tan cobarde que había acabado con su vida. Tenía miedo de sufrir, y también a vivir sin su risa inocente. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? Mi vida era absurda, mis pensamientos eran absurdos, yo era absurdo. Y aquel asesinato que me había visto obligado a cometer era lo más absurdo que había hecho en mi vida. Una risa nerviosa asomó por la comisura de mis labios. Caminaba de un lado para otro como una fiera enjaulada, tratando de ordenar mis pensamientos, pero la cabeza me iba a estallar, ya no podía más con mi propia existencia. Si alguien me hubiese preguntado sobre la razón de aquel asesinato, ni yo mismo habría sabido contestar; dar una respuesta que aliviara a mi corazón atormentado y culpable. Mis razones eran demasiado absurdas, no quería pensar más, me iba a estallar la cabeza. Me llevé las manos a las sienes tratando de calmar mi cerebro, aquel llanto suave y callado, o aquellos gritos que me desgarraban el alma. «Ya es hora de volver a casa», me decía una voz que trataba de darme consuelo y protegerme de mí mismo. Una voz que trataba de dar coherencia a lo que mis impulsos me empujaban mis pupilas tristes no podían apartar la mirada de Brenda. Una lluvia comenzó a deslizarse sobre su rostro, sobre su cuerpo inmóvil. Se corrió su maquillaje y yo, con un pañuelo limpio que había sacado de la guantera, limpie su bello rostro. Sus ojos parecían mirarme y darme las gracias; esos ojos negros bellos y profundos, ese cabello azabache se deslizaba sobre la tierra helada. Cogí una sombrilla que solía utilizar para la playa y que siempre llevaba en el coche y la puse sobre ella, para que la maldita lluvia no rozara su rostro.

La maquillé de nuevo, de manera discreta, no quería que pareciera una furbia. Le maquillé aquella herida que se había hecho en la frente al caer y golpearse contra el suelo. Recordé con dolor que la había abrazado a mi pecho manchando de sangre la camisa blanca que acababa de estrenar para aquella ocasión tan especial. Me abracé a ella, a esa sangre que momentos antes había corrido por su cuerpo, por sus venas ¡Parecía una muñeca de fina porcelana! alisé su vestido y cepillé su cabello, cerré sus ojos. Parecía dormir en un sueño plácido. Acaricié su mejilla y besé sus labios que ya estaban fríos, tan dulces y suaves era la primera vez que besaba sus labios, y sería la última, pensé con tristeza, le eché una manta que llevaba en el coche cubriéndola del frío de la noche y le susurré al oído: «Adiós, mi amor, te llevas mi corazón contigo, lo dejo aquí, junto al tuyo ya sin latido».

Mis pies pesaban como el plomo, y dejé allí a mi amada. Nadie había sido testigo de aquel atroz asesinato, solo un viejo roble que parecía mirarme con reproche. A fin de cuentas... ¿qué más daba ya si la policía me atrapaba? yo ya estaba muerto, encarcelado en mi dolor y, aquellos remordimientos que acompañarían a mi soledad el resto de mi vida. Nadie entendería a un asesino atormentado, «porque también lloramos los asesinos», me repetía una y otra vez tratando de darme fuerzas a mí mismo, para alejarme de aquel lugar.

No quise mirar atrás, arrastré los pies que me pesaban como el plomo y caminé despacio hasta el coche. Me estaba clavando las uñas en la carne y, sin embargo, no me dolía. Cuando me monté en el coche, miré por el espejo retrovisor. Brenda continuaba dormida en aquel sueño eterno, donde yo la había sumergido. Arranqué el coche y me alejé de allí, siendo consciente de que aquella sería la última vez que la vería. Ya nada me importaba. Dejé correr las lágrimas sobre mis mejillas y conduje sin mirar atrás, tratando de dejar mi mente en blanco. Tratando de olvidar que en tan solo un día me había convertido en un monstruo. «Todos los asesinos alguna vez en su vida han sido niños inocentes antes de convertirse en monstruos, testigos callados de su propia maldad». Suspiré resignado, se me cerraban los ojos, estaba tan cansado que solo quería dormir. No despertar más, marcharme en el sueño eterno de la noche y acunado por la luna.

«Siempre fuiste un romántico». Durante todo el camino tuve la sensación de que miles de ojos se clavaban en mi espalda reprochándome mi conducta. O a mi padre recordándome, «has sido un chico malo.

Y me encerraba en aquel cuarto oscuro durante toda la noche. Me pasaba la noche temblando en mitad de la oscuridad, esperando que unas manos bellas se posaran en mi espalda odiaba a mi padre y, tantas veces había pensado en matarlo de mil maneras distintas, torturas con las que recreaba mi mente distrayendo mis largas noches, desvelado en aquella habitación. El vacío y la soledad como únicos compañeros de juegos, crueles y despiadados.

Sí, mi padre me había convertido en el monstruo que había terminado dando fruto, arrancando la vida de una chica inocente que había sido mi debilidad durante muchos años.

«¿Por qué padre, ¿por qué?», quería gritar mi garganta, al fin y al cabo, ¿quién iba a escuchar mi grito? La carretera estaba sola, y la lluvia golpeaba el coche con furia.

Divisé mi casa, mi lujosa mansión, y sentí tristeza. Como si la soledad y el vacío, salieran a la puerta a recibirme con los brazos abiertos.

Atravesé la verja y detuve el coche frente a la puerta. Abrí esta y entré atravesando los largos e interminables pasillos que permanecían a oscuras. Llegué al cuarto de baño a tientas y me contemplé en el espejo. La luz era tenue, suave, y mi rostro se dibujó allí sin expresión, muertos. Sin el brillo que solo expresa la inocencia del amor verdadero, una mueca se dibujó en mi rostro.

«¿Y ahora qué?», me pregunté como si el maldito espejo pudiera contestar a mi estúpida pregunta. Miré el puño de mi camisa y olí la sangre de Brenda, todavía olía a ella. No quería desprenderme de aquella camisa, si lo hacía, con ella se iría el último recuerdo de la mujer a la que amaba. Me la quité y la guardé en la caja fuerte, estaba poniendo en peligro mi propia libertad. «Si la policía llegaba a encontrarla... Pero ¿qué libertad?», me pregunté ocultando mi rostro, apagando la luz para ocultarme a mí mismo, me acosté para abrazarme a las frías sábanas.

El reloj de la iglesia dio doce campanadas, tan, tan, tan..., hora en la que la Cenicienta debía recogerse. Pero aquel cuento que yo mismo me había inventado, no era un cuento infantil, era un cuento de adultos y creado por un demente. Un cuento cruel y despiadado. La Cenicienta ya nunca más se despertaría, nunca besaría a su príncipe. Sus pequeños zapatos de cristal se habían quedado en aquel lago y, mi muñequita, mi princesita, había quedado allí, olvidada como una muñeca rota. Las cortinas permanecían corridas, las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Volví a repetirme aquella absurda afirmación, «los asesinos también lloran», y de nuevo el frío se apoderó de mi cuerpo y, las dudas, y los miedos. Al día siguiente la policía encontraría el cuerpo de Brenda. ¡Habría sido tan fácil arrojarla al lago! y que los peces la hubiesen devorado haciéndola desaparecer. Pero había sido incapaz de hacerle eso a mi bella Brenda. ¿Qué podía pasarme? ¿Que me encerraran en una celda? Una carcajada se escuchó en la solitaria habitación, ya estaba encarcelado a mi propio sufrimiento. Mi destino había sido escrito en una maldita noche de invierno, donde mi corazón había quedado enterrado para siempre. No podía dormir y me tomé varios somníferos. Era hora de descansar, dormir y dejar mi mente en blanco, no pensar, no pensar, no pensar. La oscuridad rodeó mi mente, como una piadosa mano que acaricia una mejilla belada.

Capítulo 1:

Un cadáver en el lago

A Lina le resultó extraño que Yago no acudiera a su llamada. Lo llamó varias veces, pero el perro no acudió. Siempre había sido muy obediente. Lo tenía desde cachorro y ya se había acostumbrado a sus trastadas. Era un pastor alemán de seis años hermoso y altivo. Miró a su alrededor, pero la niebla le impedía ver, no veía apenas nada. Unas nubes negras amenazaban tormenta y el viento parecía soplar con tanta fuerza, que las hojas de los árboles se bamboleaban en un vaivén suave. De pronto sintió miedo y un escalofrío recorrió su cuerpo. Hasta ese momento no se había percatado de que estaba sola en aquel lugar. Sí, ¿dónde diablos se habría metido Yago? Tenían que regresar a casa, en realidad... solo estaba a un par de kilómetros de allí. La imaginación le estaba jugando una mala pasada, creía escuchar ruidos por todas partes. «Tranquilízate, Lina, solo es tu imaginación», trató de darse valor a sí misma. «Solo es tu imaginación». Y caminó lentamente tratando de recorrerlo todo con la mirada. Estaba ansiosa por encontrar a su perro y regresar a su comfortable hogar, comenzaba a hacer frío y ya era hora de regresar. ¿Y si alguien los había seguido y se había llevado a su perro? Sería tan fácil en un lugar tan apartado. Hasta esos momentos no se había dado cuenta de lo apartado que estaba aquel tiempo viviendo allí, tan solo un par de meses. Había querido cambiar de aires tras la ruptura con su chico, lugar. Solo se escuchaban sus pasos. Llevaba poco pero ya lo había superado. No había podido

soportar la posesión que el muchacho había querido ejercer sobre ella. Aquella casa la había fascinado nada más verla, por casualidad se la había encontrado en internet, y no había podido resistirse a aquellos paisajes que la envolvían. Tenía que alejarse de Julio, los últimos meses su relación con él había sido casi enfermiza. En el silencio de su nuevo hogar encontraría la paz y tranquilidad para escribir la gran novela que siempre había querido escribir, y que ninguna editorial podría resistirse a publicar. Un aullido se escuchó a lo lejos, era Yago, podía distinguir aquel aullido de entre todos los perros del mundo. Corrió hasta donde se había escuchado el ladrido desesperado de su perro. Yago escarbaba nervioso, ¿qué sería lo que estaría buscando?

—Yago, ven aquí, ¿se puede saber qué es lo que estás haciendo? Tenemos ya que volver a casa —el animal continuaba escarbando y ladrando nervioso. Lina se acercó a él y un grito escapó de su garganta.

Yago la miró moviendo la cola y mostrándole lo que había encontrado; era una chica que cobijada bajo una sombrilla yacía en el suelo. Tenía los ojos cerrados y parecía dormida. Los pies de Lina se clavaron en el suelo.

—Yago, ven aquí, no toques nada —Lina nerviosa rebuscó en el bolso tratando de encontrar el teléfono, marcó el número de la policía y alguien contestó, tuvo miedo, ¿y si el asesino continuaba allí? Miró a todas partes temblando, hablaba bajito. Supuso que la chica habría sido asesinada, ¿qué iba a hacer sino una chica allí en aquel lugar tan solitario?

—¿Policía? Acabo de encontrar a una chica cerca del lago muerta, podría haber sido asesinada —al otro lado del teléfono un agente trataba de tranquilizarla.

—No debe moverse de ahí, señorita. No se preocupe, los agentes están de camino, no tardarán en llegar.

—¡Oh, no, agente, no puedo permanecer aquí, tengo mucho miedo, tal vez el asesino siga cerca! —miró aterrada a todas partes, con tanta niebla no se veía nada. Si el asesino seguía allí, ella no se podría defender,

era una chica menuda, apenas media uno sesenta y debía pesar unos cuarenta y siete kilos. Su melena roja fuego brillaba en aquel día gris y apagado. Sus ojos verdes y grandes siempre habían destacado.

—¿Señorita, sigue ahí?

—Sí, agente, pero por favor, deben darse prisa, ¡estoy aterrada!

—No se preocupe, normalmente los asesinos jamás suelen quedarse en el lugar del crimen. Puede que ya incluso haya cruzado la frontera. Le aseguro que los agentes no tardarán en llegar, de hecho, ya van de camino.

Lina se sentó junto a su perro mirando el cadáver como ausente, se abrazó al animal. Pocos minutos después las sirenas de los coches patrulla se escucharon a lo lejos y, Lina respiró aliviada. Solo habían pasado unos minutos, pero se le habían hecho eternos.

Un hombre alto de mediana edad bastante atractivo se bajó de un coche negro, lo seguían varios agentes, caminaba con seguridad, vestía con clase y, un abrigo gris cubría su cuerpo. Se acercó a la muchacha y le sonrió con simpatía.

—Supongo que es usted la que ha llamado a la policía —mientras hablaba le enseñaba la placa.

—Sí, yo soy —señaló al perro.

—Ese es Yago, mi perro, él encontró el cadáver —el inspector Garrido se acercó al cuerpo que yacía tumbado en la arena bajo una sombrilla y lo examinó.

—Espero que no haya tocado nada.

—¡Por supuesto que no he tocado nada! en realidad, estaba tan asustada que mis pies aún continúan clavados en el suelo —Marco miró las piernas de la chica que temblaban.

—Ya veo, pero está temblando, diré a uno de los agentes que la acompañe a su casa. Por el momento no vamos a necesitar su testimonio.

—Yo no sé nada inspector, ni siquiera conocía a la chica. Solo paseaba con mi perro.

Marco hizo una señal a uno de los agentes para que se acercara.

—Por favor, acompañe a la chica a su casa.

—Se lo agradezco, inspector, no sería capaz de volver sola — antes de entrar en el coche patrulla se volvió para mirar al inspector angustiada.

—¡Tengo miedo! —se abrazó a su propio cuerpo—. ¿Y si el asesino sigue cerca y trata de asesinarme a mí también? vivo cerca de este lugar.

—Aún no sabemos si la chica ha sido asesinada, no se preocupe, el agente Gonzales hará guardia en la puerta y tratará de protegerla —el inspector miró al agente.

—Gonzales, vigile bien la casa y no deje a esta chica sola en ningún momento.

—Gracias, inspector, no sabe cómo se lo agradezco —Gonzales la ayudó a montar en el coche y el perro se sentó junto a su dueña. Cuando el coche se alejó, Marco hizo una señal al forense para que se acercara. Jiménez había sustituido al doctor Rodríguez; era este un chico joven y simpático que siempre estaba sonriendo, de baja estatura y cara aniñada. Tenía una sonrisa de anuncio y unos dientes blanquísimos, perfectos, y unos ojos azules de mirada ingenua.

—Jiménez, examine el cadáver y dígame todo lo que pueda deducir en un primer momento, hasta que pueda examinarlo más a fondo —se dirigió a otro de los agentes—. Usted fotografíe a la chica, no quiero que se deje ni un solo detalle sin fotografiar, confío en su profesionalidad —le dio una palmada en la espalda—. Yo voy a dar una vuelta por el lugar mientras hacen su trabajo, a ver lo que encuentro, cuando terminen me avisan, quiero ver despacio el cadáver. Ya me conocen, manías de viejo sabueso —les guiñó un ojo.

Todo estaba en orden, el inspector miró por todas partes, rasteó el suelo apartando con los pies algunos forrajes y hojas secas que se encontraban a su paso, ni una colilla, o sí, ¿qué era aquello que brillaba oculto entre los forrajes? Se agachó y lo examinó de cerca, era un pequeño corazón engarzado en oro blanco, con pequeños brillantes a su alrededor, ¿cómo habría ido a parar aquello

allí? La cadena era fina y elegante. Era evidente que el dueño de aquella joya tenía buen gusto y dinero, no cualquiera podía adquirir una joya tan costosa. Un rubí de un rojo intenso brillaba con tanta fuerza que parecía querer deslumbrar sus ojos. Algunas huellas de neumáticos se habían incrustado en el suelo debido a la lluvia de la noche anterior. Era un todo terreno por lo que se podía apreciar. Camino despacio sin apartar la mirada de aquellas huellas que lo condujeron hasta la carretera. Por allí se había marchado el asesino tranquilamente. Era evidente que nadie lo había interrumpido, la noche de antes había llovido mucho. Todo demasiado extraño, se dijo moviendo la cabeza con un gesto de desaprobación.

Volvió sobre sus pasos, los agentes aún continuaban examinando el cadáver. Hablaban entre ellos mientras un par de agentes peinaban la zona tratando de encontrar alguna pista que los condujera al asesino. Un arcoíris se dibujaba en el cielo, se miró el reloj, ya eran casi las ocho de la mañana. Todo estaba en silencio, el murmullo del agua se escuchaba en aquella mañana tranquila. Aun podía olerse la tierra mojada en aquel lugar plagado de árboles en el que se respiraba tranquilidad, miró a la muchacha que continuaba recostada sobre la verde hierba cerca del lago, con la sombrilla cubriendo su cuerpo como si estuviese tomando el sol en un apacible día de verano; era extraña la actitud del asesino, (aunque todavía no podía deducir hasta que el forense examinara el cadáver de que había muerto la muchacha,) como si quisiera protegerla de una noche helada. Como si no quisiera que se mojara, ridículo después de haberla asesinado miserablemente, pensó furioso a la vez que confuso. Se miró los zapatos, antes brillantes y ahora cubiertos de barro, eran los zapatos que Daniela le había regalado y se iba a enfadar mucho. Sacó la pitillera de la chaqueta y encendió un cigarro, recordó cuando su madre se la había dado días antes de su partida, antes de que cumpliera los dieciocho años. «Toma, hijo, era de tu abuelo», le había dicho mientras resbalaban las lágrimas por sus mejillas. Marco miró la pitillera de oro con las iniciales de su abuelo grabadas y sonrió con tristeza, pese a que ya

no se estilaban las pitilleras, para él era un recuerdo muy valioso, el único recuerdo que tenía de un abuelo al que nunca había conocido. Aspiró el humo despacio, sin prisas, mientras que los agentes continuaban en su rastreo.

—Inspector Garrido, ¿puede venir un momento? —era uno de los agentes que requería su presencia, se dirigió hasta allí aligerando el paso.

—¿Qué sucede, Martínez? —dio varias caladas al cigarrillo sin dejar de mirar al policía. Este lo observaba elevando la mirada y con una sonrisa en los labios. Era un hombre ya entrado en años, bajito y con una barriga oronda, se quitó el sombrero para rascarse la coronilla. Su cabellera oscura y espesa al igual que sus pobladas cejas arqueadas, lo miraron con curiosidad.

—Es muy extraño todo, la chica, ¿no le resulta rara su posición, inspector? —Marco la observó con detenimiento, Martínez tenía razón, la chica no debía de tener más de veinte años. Llevaba una blusa muy elegante, probablemente de marca, por lo que intuía que debía de ser de clase alta, de familia adinerada. La falda por encima de la rodilla estaba bien puesta, como si el asesino antes de marcharse la hubiese alisado cuidando su aspecto; era una falda negra recta, se inclinó para tocar su tela ante el asombro del agente que pese a todos los años que llevaba trabajando a su lado, aún no había podido acostumbrarse a las rarezas de su superior. La blusa de seda abotonada por delante y, el cabello negro y liso, bien peinado, el bolso sobre su regazo, pequeño y a juego con sus zapatos finos de tacón de aguja, todo de calidad. Era evidente que la joya que había encontrado tirada entre el follaje debía de ser suya. Sonrió satisfecho ante tan brillante deducción, pese a los años aún no había perdido su buen olfato, muy por el contrario, los años se lo habían agudizado. Miró la etiqueta de la camisa, era de una exclusiva tienda en París, sí, muy cara, su madre solía viajar para comprar en esa misma tienda, decía que en España no había *boutiques* a la altura de sus gustos.

—Es como si el asesino hubiera querido protegerla de la lluvia. Un asesino muy delicado —Martínez negó con la cabeza. Marco sonrió al agente.

—Y contradictorio, la asesina y luego... mire, los zapatos están impecables, como si los hubiera limpiado antes de irse. Y esa sombrilla..., no cualquiera puede adquirir estas prendas, son de una *boutique* en París, de un diseñador muy reconocido, ¿sabe cuánto puede costar una sola de estas prendas? —Marco silbó admirado—. Nunca me había encontrado con un asesino así —dijo Marco confuso—. ¿En qué estaría pensando?

—Tal vez la amaba, inspector, quizás conocía a la chica —Marco miró al forense con curiosidad.

—¿De qué murió, doctor? —el forense no dejaba de observar el cadáver asombrado.

—Hasta que no la examine con detenimiento no podré decirle, aunque a simple vista no se ve señales de violencia, tal vez fue envenenada —examinó su cabeza con detenimiento y se detuvo en su frente; aún continuaba la sangre agolpada sobre esta—. Tenía esta manta puesta, para que no pasara frío en una noche helada y lluviosa. El asesino no está en sus cabales al parecer, todo demasiado absurdo. Puede ser que la golpeara en la frente —señaló el forense, que parecía susurrarse a sí mismo—, aunque también puede ser que se golpeará al caer.

—Sí, tiene razón, supongo que la manta no tendrá las huellas del asesino, no creo que haya sido tan estúpido —el inspector olió a la chica—. ¡Vaya, lleva un perfume muy caro! —olió la manta y señaló a la muchacha—. Supongo, doctor, que no podrá deducir la hora en la que fue asesinada presuntamente —negó con la cabeza.

—Con este temporal es muy difícil saber a la hora exacta en la que la asesinaron, o simplemente murió, pero puedo deducir que lleva aquí toda la noche. Su cuerpo está helado, pese a que el presunto asesino tuvo el detalle de arroparla y dejar esa sombrilla para resguardarla de la lluvia.

Marco miró a uno de los agentes y le hizo una señal.

—Martínez, ya puede fotografiar el cadáver, y que no se le pase ningún detalle —miró a otro de los agentes—. ¿Han encontrado algo, algún trozo de ropa tal vez entre la rama de algún árbol?

—No, inspector, no hay nada, pese a que hemos peinado la zona a conciencia —el hombre bostezó cansado.

—Está bien, pueden irse ya a sus casas, deben de estar agotados. Así no piensan con claridad. Vayan y descansen. Usted también, Martínez, espero que no haya perdido ni un solo detalle al fotografiar a la chica y todo lo que la rodea —dijo muy serio.

—Usted sabe que me gusta hacer bien mi trabajo —dijo orgulloso. Se alejó arrastrando los pies y con las manos en los bolsillos.

Cuando Marco se quedó a solas con el cadáver, miró a la chica con pesar.

—¿Quién acabó con tu vida, muchacha? Tan joven e inocente..., lo atraparé como atrapo a todos, no se saldrá con la suya. Porque estoy convencido de que alguien te asesinó —esa seguridad que creía tener en sí mismo, creía, porque en el fondo era un ser humano lleno de miedos e inseguridades, un chico que había tenido que aprender a utilizar aquella coraza para que nadie le rompiera el corazón, porque lo que nadie sabía del inspector Garrido, era que tan solo era un ser humano sensible, tal vez demasiado, en el fondo. Se contempló en el reflejo del agua y una vez más, pudo apreciar esa nostalgia de tiempos pasados, ese peso que arrastraba desde hacía años, tal vez desde su niñez. Era un chico orgulloso, aunque su madre siempre le había enseñado a ser humilde, pero tal vez y solo por llevarle la contraria, se comportaba de aquella manera, hasta para él mismo resultaba ridícula aquella actitud. Siempre pensó que sus padres nunca lo habían querido, que para ellos solo había sido un capricho de ricos su adopción, y que luego se habían arrepentido. Se encogió de hombros resignado. Aquel Marco prepotente que incluso a él mismo le resultaba incómodo. Como una camisa prestada que no era de su talla. Sabía que su prepotencia hacía daño a su madre, y hubo un tiempo en que solo quería herirla, castigarla por jugar con sus sentimientos. Pero Daniela lo había transformado, y con ella estaba aprendiendo a ser humilde. «Poco a poco, Marco, poco a poco», cogió una colilla que había en el suelo y se la guardó en el bolsillo. Tal vez no tuviera importancia,

o tal vez sí, podía ser de cualquiera, o podía ser del mismo asesino, la mandaría a analizar. Miró por última vez a la chica y una mueca de tristeza se dibujó en la comisura de sus labios, le recordó a Daniela, la primera vez que la vio allí arrodillada en aquella tumba con su mirada triste y apagada y, sobre todo, aquella inocencia. Abrió el bolso y recogió la documentación. Allí debía de encontrarse la dirección de su casa. Caminó despacio hasta el coche sin dejar de mirar el suelo. Las aguas se mostraban transparentes en aquella mañana sombría, antes de montarse en el coche, hizo una señal a los agentes para que se llevaran el cadáver, miró a la muchacha. Ya no pintaba nada en aquel lugar, se acarició el colgante que había cogido de entre la maleza, tendría que dar la noticia a los padres de la chica, un duro trago. Tragó saliva y arrancó el coche. La carretera estaba desierta a aquellas horas de la mañana, estaba cansado y se le cerraban los ojos, tenía que desayunar y descansar un rato, aquel caso se presentaba complicado, pero ¿qué caso no lo había sido? Pensó apesadumbrado, las personas eran demasiado complicadas, y llegar hasta sus retorcidas mentes requería un gran esfuerzo e imaginación. Se estremeció mientras que un escalofrío recorría su cuerpo, los últimos años habían sido complicados. Tantas heridas de guerra incrustadas en su costado, en su corazón y en su alma. En aquellos momentos se sintió como un niño y añoró los brazos de su madre. Necesitaba a Daniela, cada día la necesitaba más, recostarse en su regazo y dormirse entre sus brazos, mientras ella acariciaba su cabello. Eso aliviaba su sufrimiento, afortunadamente tenía una bonita familia en la que refugiarse después de un duro día de trabajo, sí, el descanso del guerrero, se dijo satisfecho mientras una sonrisa se dibujaba en la comisura de sus labios. La lluvia golpeó despacio los cristales del coche, y hasta esa lluvia serena le resultó hermosa en aquellos momentos.

Capítulo 2:

Diario de un psicópata

Al día siguiente del asesinato yo, José, reflexiono:

Me he levantado temprano, me duele la cabeza, tengo una terrible jaqueca. Anoche tuve que emborracharme para poder dormir, pensar que había sido una pesadilla de la que me despertaría al día siguiente, que volvería a ver a Brenda caminar con su adorable silueta moviendo sus caderas de manera sensual. Me traje su pañuelo para poder dormir abrazado a él, oler su perfume durante todo el sueño. Es lo único que me queda de ella. Pronto los gusanos se darán un banquete con su carne blanca y suave, acariciarán su sonrisa y, yo impotente sin poder hacer nada. Nada es una palabra muy grande que lo llena todo, al vacío, a esta soledad que inunda mi pecho, nada, me repito con cansancio, con temor, con furia, porque nada es el todo que todo lo ensucia, que todo lo enturbia. Cuando el sol se esconde yo elevo los brazos intentando retenerlo, a Brenda, mi Brenda, le gustaba tomar el sol en la terraza. ¿Que quién soy yo? Puedo ser un vecino curioso o enfermo que se obsesionó con un ángel caído del cielo, o puedo ser... No, no te lo voy a decir, sé que te gustaría saberlo, pero quedarás con la curiosidad. Tal vez te lo diría si yo mismo lo supiera, si yo mismo conociera mi identidad. Pero solo soy un extraño dentro de mi propio cuerpo. Un extraño que no se reconoce a sí mismo. Golpeo el cristal con furia, la sangre brota y se confunde con la de Brenda. Una persona en su sano juicio correría al hospital a curar esa fea herida, pero... ¿acaso yo soy una persona normal? Mi padre decía que no, anormal, me gritaba cada noche antes de encerrarme en aquel cuarto frío y oscuro, entonces, yo lo contemplaba más con tristeza y desprecio que con

miedo Papá, susurraba para mis adentros, ¿acaso tú sí eres normal, te parece normal lo que me estás haciendo? Mi padre era un monstruo y yo heredé sus genes, o no, o fue la furia, la rabia, el dolor encallecido, rancio, viejo, que se había adormecido en mi alma. Ese que tantas veces me torturaba y me pedía a gritos que acabara con su vida, anda, y no sea cobarde, ahora que duermes, ahora que está borracho. Y contemplaba a mi madre ensangrentada, con su blusa blanca cubierta de sangre; aquel olor a podredumbre se mezclaba con el orín en mis pantalones, cuando con un enorme cuchillo que pesaba como el plomo, se aferraba a mi mano y no la quería soltar, pero siempre corría asustado a mi habitación y me cubría el rostro con las sábanas, cobarde, cobarde, cobarde me decía cada noche, cada madrugada, cada atardecer. Tal vez de haber acabado con el... Brenda aún seguiría viva, ¡tan bella mi Brenda...! pero Brenda ya no está, y esa cobardía hizo que día a día lo observara cómo golpeaba a mi madre con toda su furia, por eso yo me pregunto, ¿heredé sus genes? O fue el dolor el que me hizo convertirme en un ser despreciable. Me acerco y me miro al espejo, veo sus ojos reflejados en los míos; esos ojos que, durante tantos años, tanto odié, y su rabia, incluso arqueo las cejas igual que mi padre cuando me enfado. Pero entonces tengo que abatir mi rabia a puñetazos y... sigo golpeando mi rostro contra el espejo para acabar con esa imagen macabra. ¿Por qué mi madre tuvo que ponerme su nombre? ¿Por qué dejar su recuerdo grabado en mi piel como se marca una red a fuego vivo? A veces, también odio a mi madre por no darse cuenta del monstruo con el que iba a casarse. «Madre, fue culpa tuya, me gustaría asesinaros a los dos», pero ahora que recuerdo... ya lo hice, al final reuní el valor suficiente. Prendí aquella casa llena de dolorosos recuerdos, sí, mientras dormían, y por fin me sentí libre, libre. Me golpeó la cabeza. Jamás un psicópata como yo es libre. Siempre vive amarrado a sus recuerdos. A su soledad, o a su propia maldad. Gritaba «¡malditos, malditos!», mientras la madrugada se iba acercando en su inocencia y, el olor a humo y a orín, se fundían en la noche, era un asesino, un maldito psicópata cobarde. Me encontraron unos vecinos tirado en el suelo, lleno de tizne y con los pantalones manchados, «¡pobre niño!», comentaron, «¿tienes frío?». Me cubrieron con una manta y me metieron en la bañera para quitarme la mugre, y aquel olor desagradable que desprendía mi propio cuerpo. Lo que aquella agua perfu-

mada jamás pudo quitarme fue mi asco y repugnancia y, mis instintos asesinos, y aquel secreto tan mío que me condenaba a un vacío y soledad tan difícil de describir con palabras, que no describo porque sería incapaz. «Soy un extraño dentro de mi propio cuerpo». ¿Qué si volvió a llamarme el olor de la sangre fresca? A ti qué te importa, no voy a revelarte mi secreto, me lo llevaré a la tumba. Yo que pensé que me liberaría de mis cadenas asesinando al monstruo, de aquella habitación oscura donde solía encerrarme, y con los años entendí... que el monstruo vivía en mí, que mi padre estaba dentro de mi sangre, de mis genes, miré aquella sangre horrorizado y confuso. Si tuviera el valor de acabar con aquel monstruo en el que me había convertido, o ya lo era de antes y no me había dado cuenta. Recordé a Luis, aquel amigo del colegio, cómo disfrutaba retorciéndole el brazo, y cómo disfrutaba cada noche en mi habitación recordando mi agradable hazaña. Pero tan solo era un niño y no tenía fuerzas para acabar aplastándole su ridícula cabeza contra mis manos. Pensé en hacerlo cuando fuera mayor, pero se marchó para nunca más regresar. Lo atropelló el tren, desparramando los sesos por el andén, estaba tan ridículo... me divertí, eso sí. Bueno no soy perfecto, ¿qué puedo hacer, acaso alguien lo es? De hipócritas y asesinos cobardes está el mundo lleno, ¿acaso nadie ha pensado alguna vez en asesinar a un padre severo, o a una madre que te castiga en tu cuarto por no haberte comido la verdura? ¿Absurdo, verdad? Todos hemos sido absurdos alguna vez en la vida. Cobardes psicópatas, pero todo se ha quedado en nuestra imaginación. Allí donde los secretos se pierden y campan a sus anchas. No quiero pensar más, me duele demasiado la cabeza, y tengo que tener cuidado. Cualquier día, alguien podría escuchar mis gritos, mis pesadillas, y delatarme a la policía. Por eso estoy condenado a vivir solo, para no delatarme a mí mismo, que nadie descubra mi secreto, ¿si los psicópatas vivimos atormentados? juzguen ustedes mismos cuando lean esto. Lo encontrarán después de que haya muerto y, aun así, no podrán descubrir quién soy, porque no habrá nombre ninguno. No me gusta el nombre que me puso mi madre, el nombre del monstruo. «Yo he elegido mi propio destino, eso no es verdad, alguien lo eligió por mí, tal vez el mismo destino». Miro por la ventana, ya son las dos, tal vez ya hayan encontrado a Brenda, no quiero que entierren a mi Brenda en una fosa oscura, donde la luz del sol; ese sol que a ella tanto le gustaba, no aca-

ricie sus mejillas. Tengo que ir al depósito de cadáveres y escribirle un bonito poema, decirle de mi puño y letra, ¡cuánto la amo! Mejor con el ordenador, podría descubrirme la policía, «cobarde, cobarde», me golpea de nuevo. «No tengo valor para entregarme», me encojo de hombros y miro por la ventana. ¡Brenda, mi amor, cuanto te echo de menos! Pero ahora... tengo que esconder en la maleta mi traje de monstruo, de psicópata, para convertirme en una persona normal y tratar de ocultar este secreto que oprime mi alma. «Los psicópatas también sufrimos. Tenemos sangre en las venas». Me miro la mano ensangrentada. Las gotas del rojo líquido se deslizan suavemente sobre la cara alfombra, y las lágrimas recorren mis mejillas. La sangre de Brenda se confunde con la mía, ya no puedo distinguirla. Ahora vive dentro de mí, de mi alma, de mi cuerpo, prisionera de mi locura, enredada en mi demencia. Ahora Brenda es mía para siempre —y suspiro aliviado—. Alguien me llama, he de secar mis lágrimas y fingir una sonrisa, «porque los psicópatas ¡también fingimos sonrisas!». Palabras. Mañana, cuando nadie me moleste mi querida Brenda, escribiré ese poema de amor, me declararé a ti. Quizás porque nunca tuve valor de hacerlo. Cuando tu sonrisa iluminaba mi alma, y tu cuerpo insinuante se deslizaba por el mío en mi sucia mente. Será mañana cuando te declare mi amor. Ese amor cobarde y encerrado dentro de mí, durante años, viéndote cada día, cada noche, cada madrugada y, no poder acariciarte con mis dedos temblorosos. ¿No te dabas cuenta cómo te acariciaban mis ojos? ¿tan ciega estabas que no podías ver cómo te amaba en silencio? ¿Mis celos, mis desvelos, mi corazón ausente que quería unirse al tuyo? Sí, mi corazón atormentado que gritaba tu nombre, pero tú no me escuchabas, perdida tu mirada en la risa de su boca. Te maté por celos, ¿por qué otra cosa iba a asesinarte si eras mi delirio? Ahora ya no pertenecerás a ningún otro hombre. Solo serás mía en mis pensamientos, en mis recuerdos, serás eterna Brenda y, pese a que no podré acariciar tu cuerpo desnudo, ni besar el néctar de tu boca, jamás volverás a atormentarme, viéndote desde esta maldita ventana abrazar a otro hombre, que me robe lo que es mío, pasar noches enteras desvelado. Jamás, ¿me oyes? Grito al espejo torturado y malherido, golpeado sin piedad. Jamás es mucho tiempo, Brenda, gritan mis labios, hoy mañana y siempre. Serás solo mis lágrimas vestidas de negro luto, rezan en tu funeral, porque te velaré aquí, cobijado en la soledad de mis

pensamientos, mi princesa, mi niña buena. Y la sangre sigue deslizándose por mis venas, viscosa y desesperada buscando tu boca. ¿Qué más podía ofrecerte para que me amaras? Para que me sacaras de esta demencia, tú tenías la llave de la felicidad y, allí se quedó olvidada junto a tu hermoso cadáver, ahora ya no tengo nada.

—¿Bajas ya? La cena se enfría —escucho esa voz odiosa que proviene de la cocina.

—Ya voy, no seas impaciente —y mientras bajo las escaleras me acuerdo de ti, y las lágrimas se deslizan por mis mejillas.

